



2122  
 $\frac{100}{2}$

qualtra  
n<sup>o</sup> 22  
d

OBRAS COMPLETAS

DEL DOCTOR

DON JOSÉ DE LETAMENDI

— (II) —

VOLUMEN SEGUNDO

—  
2.<sup>a</sup> EDICIÓN



# OBRAS COMPLETAS

DE

**JOSÉ DE LETAMENDI**

Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad central,  
Profesor numerario de Patología general con su Clínica y preliminares clínicos,  
individuo numerario de la Real Academia de Medicina de Madrid,  
Consejero de Instrucción pública, Vocal del Real Consejo de Sanidad,  
condecorado con la cruz de primera clase de la Orden civil de Beneficencia,  
antiguo Ayudante segundo y luego Ayudante primero de disección,  
Sustituto permanente de Cátedras Anatómicas, Director de trabajos de disección y Museos,  
y Catedrático de Anatomía (todo por oposición) de la Facultad de Medicina  
de Barcelona (1847-1878).

autor laureado con el premio-Rubio por la obra de *Patología general*,  
Vocal numerario de la Real Academia de Medicina de Barcelona (1857-78),  
Socio de diversas Corporaciones científicas y literarias,  
ex-Senador del Reino, etc., etc.

PUBLICADAS POR SU DISCÍPULO

**RAFAEL FORNS**

VOLUMEN SEGUNDO

2.<sup>a</sup> EDICIÓN

DONATIU

DR. FARRERONS



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIP.-LIT. DE F. RODRÍGUEZ OJEDA

MONTERA, NÚMERO 10

1907

REGISTRADA LA PROPIEDAD

# EL PRO Y EL CONTRA DE LA VIDA MODERNA

## BAJO EL PUNTO DE VISTA MÉDICO-SOCIAL

Discurso inaugural de la Academia de Medicina de Barcelona, en 1874

SEÑORES:

Comprometido paso es, á fe, para todo Académico, salir del arduo empeño de una oración inaugural; la solemnidad del acto, la ilustración del auditorio, el buen nombre del Cuerpo, la autoridad de los socios que en igual tarea han sobresalido y la consideración de las fuerzas propias, siempre menguadas para quien con positiva modestia las valora, constituyen los primeros motivos de perplejidad; y aun cuando al fin se llegue á dominar el justo temor que infunden, ó al menos á concertar con ellos una amigable concordia, toda vez que el compromiso emana no de un arranque de propia vanidad, sino de un precepto reglamentario, aun entonces queda en pie la más grave de las dificultades: la elección del tema. En este punto no hay que formarse ilusiones; un discurso inaugural no es una contribución científica ordinaria. Si así fuera, ¿quién había de experimentar el menor embarazo en componerle? Si en el ordinario trato de los hombres es siempre atractiva la voz de la madurada experiencia; si hasta la palabra del más tosco pastor es deleitante y docente, cuando en inculco estilo nos revela aquellas verdades por él depuradas en el ejercicio de su cotidiana ocupación, ¿cómo ha de ser posible que no luzca y enseñe un hombre docto, discurriendo sobre cualquier punto de la ciencia á cuyo cultivo vive dedicado?..... Mas una imperativa voz nos repite: «*non est hoc officium*»; las exigencias de un discurso de apertura académica rayan más alto que todo esto, y tales exigencias nacen de la naturaleza misma de la solemnidad á que aquél se destina. Una sesión inaugural constituye para un cuerpo científico un acontecimiento de real trascendencia; una sesión inaugural no es un acto interno, es un acto público; no es una función orgánica, es una función de relación; por la sesión de apertura, la Academia, que durante el año ha vivido ensimismada, nutriéndose y medrando en

si y por sí, cual si fuese la perfecta individuación de un orden dado de humanos conocimientos puesta al servicio de una determinada especie de humanos intereses, se eleva para enlazarse con las demás instituciones hermanas suyas y recordar al mundo, por este acto de suprema expansión, los vínculos que en estrecha solidaridad la relacionan con la total é individua ciencia y con el conjunto de los sociales intereses; y bien así como el corazón y el iris, la lengua y el bazo, los pulmones y el músculo deltoides, al compas que ejercitan su singular vida íntima, nutricia, según su diferente naturaleza, sus diversos medios y su distinto fin, integran unos con otros, en tanto que meros órganos y por una admirable correlación, la vida del verdadero individuo, con sus intereses individuales, sus medios individuales y su fin individual, por idéntico modo las Academias de Medicina y las de Derecho, las de Historia y las de Matemáticas, las de Geografía y las de Literatura, etc., aunque tengan su particular vida orgánica, no constituyen en modo alguno seres aislados, sino partes de un total é individuo ser, la Ciencia íntegra, con sus intereses sociales, sus problemas complejos, sus soluciones sintéticas que afectan al Derecho sin ser meramente jurídicas, ó tocan á la salud sin ser estrictamente médicas, ó atañen á la riqueza sin ser propiamente económicas, etc., y todos los ramos del saber mantienen entretejidos y ponen á contribución, por lo mismo que á ninguno corresponden de un modo exclusivo. Decir que las ciencias pueden, por la simple suma de sus aisladas funciones, resolver todos los temas, valdría lo mismo que pretender hallar resuelto el conocimiento del esqueleto por solo el estudio de todos y cada uno de los huesos que lo integran, cuando la verdad es que el esqueleto se compone de huesos y de relaciones óseas, que son las juntas, y que en balde nos esforzaremos en imaginar que la rodilla es la simple suma del fémur, la tibia y la rótula, puesto que la realidad nos obligará á reconocer que la rodilla no es una suma, sino un modo de relación de esos factores, y que esa relación constituye, por sí, un resultado natural y un interés práctico distintos de los factores mismos. Juntas tienen, pues, las ciencias; juntas que, como las de los huesos, establecen un resultado natural y crean un interés práctico, y las sesiones inaugurales forman su manifestación clarísima y espontánea. Los elementos de relación no pueden mostrarse aquí más patentes; de una parte los representantes de todos los grandes intereses sociales, de todos los cuerpos literarios y el público previamente invitados; de otra parte la Academia constituida en cuerpo.

Ahora bien; si esta sesión no ha de ser muda, ¿á quién sino á la

misma Academia invitante toca hablar? Y si habla, ¿no está obligada á hacerlo de un asunto que, impregnado de sentido académico especial, sea sin embargo á todos accesible en los términos, á todos inteligible en el razonamiento, y para todos palpitante de utilidad en su aplicación? He aquí el resultado nuevo; he aquí el nuevo interés que este acto de relación produce; he aquí por qué la tradición conserva en todos tiempos y lugares la oración académica como la nota característica, como el hecho moral, como la esencia misma, en fin, de estas solemnidades literarias; he aquí por qué el prestigio de una sesión inaugural pende de la elevación y la trascendencia que acierte á dar á su discurso la persona en quien la Academia encarna su espíritu, trasfunde su palabra, muestra su sabiduría y deposita el tesoro de su histórica fama.

No temblar en este paso fuera presunción temeraria, y más aún si, como en el presente año, tiene el Reglamento la mala mano de señalar para tan alta función á quien, además de ser el último de los socios, reconoce que lo es; con lo cual se causan dos daños: uno á la Academia, privándola de más lucida representación, y otro á mí, obligándome á tropezar una vez más con mi insuficiencia. Lejos, pues, de bastar á tranquilizarme la consideración de que, *«quien hace lo que puede no está obligado á más»*, apéname hondamente ver que no alcanzo á lo que estoy obligado.

No se crea, por esto, que la fuerza de mi preocupación me haya llevado á dar congoja al magín ó á los libros tortura en pos de un tema; en Ciencias, lo propio que en Bellas Artes, compláceme inspirarme en la naturaleza. Los temas rebuscados en la cavilación ó en la lectura corren el riesgo de resultar inertes, mientras que los sugeridos por la realidad acreditan su virtud en el hecho mismo de que, en vez de aguardar pacientemente nuestra elección, nos acometen ellos á nosotros, saltando de la naturaleza á nuestros brazos, y atrayendo con irresistibles agasajos nuestro interés. Parécense los temas de naturaleza á aquellos niños vivarachos y discretos que, do quiera que nos acometen, acaban por cautivar todo nuestro ser, y dejar en suspenso todos nuestros propósitos.

Seguro estaba, pues, de que el buen tema vendría espontáneamente en busca de mí, y así fué, que en aborascada noche de otoño aparecióseme en mi habitual observatorio; allí, en aquel recinto donde apesarado y dolorido yace el ser, cuya conservación forma el empeño de la Medicina, y cuya esencia constituye el problema de la Filosofía; allí, en aquel lugar de duelos y privaciones, de quebrantos y congojas, de ilusiones y desengaños, de cancelación de toda deuda

de vicio ó flaqueza, de ejercicio de todas las virtudes y de preparación de santidad; allí donde la realidad ofrece á raudales la inspiración para toda suerte de concepciones artisticas; allí el tema de este discurso se apoderó de mi alma; dictómelo la voz misma del paciente en un momento de serena amargura. Era el enfermo un hombre de mediana edad, de recia complexión y claro espíritu, que en alas de vehementes aspiraciones habíase elevado de simple jornalero á potentado. Dos veces en la áspera cuesta de su vida derrumbóse su fortuna, una vez por su propia ambición, otra por la mala fe de los hombres; mas otras tantas en fuerza de su ingenio remontó, y ahora, cuando veía su afán satisfecho, cuando la industria y el arte, enlazados en admirable concierto, rodeábanle de mil elementos de bienestar, cuando lleno de gozo contemplaba cómo su esposa por el superior trato, y sus hijos por unos medios de educación que él nunca obtuvo, establecían los orígenes de una más alta prosapia, cuando, por fin, todo en aquel recinto respiraba riqueza, caía el rico derribado por la pesadumbre de su propia obra, herido en el corazón. Á la hora en que reclamó mis auxilios, llevaba ya largos meses de enfermedad, y, presa de violento ataque, causaba á un tiempo alarma y duelo. El regio sillón donde el pobre, jadeando, luchaba con su mal, parecíame un sarcasmo en escultura; la rica manta que mal cubría sus hinchados miembros, un tejido de crueles epigramas.... Por dicha pude sacar de aquel semi-agónico parosismo al infeliz, y poco á poco fué recobrando serenidad y ánimo, bien como suele acontecer siempre que á recio mal se opone recia naturaleza. Entonces fué cuando aquel hombre, después de referirme algunos de los pasos de su vida, y tras un suspiro más hondo de intención que de obra, exclamó con imponderable serenidad: «pero decid, Doctor, ¿no es triste cosa que en el siglo que á mayor número de hombres ha ofrecido los más abundosos y variados medios de bienestar, sean tantos los que, cual yo, sucumben en edad temprana? ¡Ah! estudiad este fenomeno, Doctor, estudiable. ¡Muchas son las víctimas, varias las dolencias; mas la causa es una: es la fiebre de la época, y estudiarla atañe á vosotros, Médicos, porque es fiebre que mata! Hacedlo, por Dios; que ya que vuestros esfuerzos no me aprovechen á mí, que al menos aprovechen á mis hijos....»

Preocupado el ánimo, tanto por la triste situación del paciente cuanto por el vasto problema que su claro juicio acababa de formular, salí de aquel recinto y hasta parecíome que en conciencia quedaba obligado, si no á resolver la cuestión, al menos á intentarlo. El enfermo había propuesto magistralmente un tema, y ese tema, bro-

tado de la naturaleza, exhalado en un suspiro, se había señoreado de mi ánimo. Sí, repetíame yo á solas, comentando las sobrias frases del paciente; en el seno del cristianismo, suavizados los rigores de su período militante, rotas las cadenas de la servidumbre política, hermanados los hombres por la igualdad atributiva de derecho y facilitadas por la libertad las vías de llegar á la posible igualdad efectiva, aglomerados todos los bienes de las antiguas generaciones á la suma de los obtenidos por las modernas, hoy todos somos reputados dignos de bienestar, todos sentimos el pleno conjunto de las necesidades de que es capaz nuestra potencia apetente y á todos la misma sociedad ofrece los objetos adecuados para satisfacerlas. Nunca, jamás, desde que el mundo es mundo, habíase visto ni tan general el deseo, ni tan apuesta la conciencia, ni tan expedita la acción, ni tan variados, cumplidos y accesibles los medios de realizar en la tierra un bienestar natural, digno, honesto, cual Dios mismo consiente y aplaude que los hombres apetezcan obtener y constituye la tendencia viva, perenne, indeliberada de nuestro social instinto. ¿Queréis ver ó explotar mundo? ahí teneis descubierta y beneficiable toda la haz del planeta. ¿Queréis conocer y utilizar el universo etéreo? ahí están registradas y catalogadas más de 100.000 estrellas, anatomizados los planetas y el sol, con su peso y su medida, su luz y su distancia, su composición química y su curso, y tan apuradamente estudiadas sus acciones por la maravillosa potencia del moderno cálculo, que, más que mecanismo intelectual, arte de encantamiento parece la nimia puntualidad con que ellos hacen verdaderas las humanas predicciones. ¿Queréis portentos de más inmediato provecho? ahí está la Física, la ciencia auxiliar de la Redención, la ciencia por la cual el hombre, que harto tiene y tendrá siempre que sudar para trocar en pan sus concepciones, se libra del sudor brutal, del sudor de esclavo; la ciencia que ha organizado el reino inorgánico, sustituyendo á la esclavitud el automatismo inerte, de una manera tan admirable y cabal, que no parece sino que ha dado á las fuerzas universales discernimiento; y si no, vedlas por do quier laborar, ora como calórico, fabricando desde su cárcel los más preciados productos, ó lanzándose cárcel y todo por sobre la haz de la tierra, corriendo campos, tala-drando montes, hendiendo mares á la voz dominadora de su señor;— ora como electricidad, llevando y trayendo el pensamiento humano de región á región, de polo á polo, con tal celeridad que á cada pueblo le sea dado recibir nuevas de todo el mundo mañana y tarde, y de América á Europa, de Europa al Asia, del Asia á la Oceanía vuelen en un instante las promesas de un amigo, los despachos de un

Estado, las ofertas de un banquero, los consejos de una madre, las preces de un sacerdote;—ora como luz, que reducida á cautiverio nos declara de qué materias se compone el sol, cuáles quedan ignotas en la tierra, ó bien por maravilloso ingenio convertida en auxiliar de la potencia creadora de Dios y productora del hombre, nos multiplica á millaradas las copias infinitamente perfectas de las obras de Aquel y de éste, con el fin de que cada cual conozca, admire y explote la imagen de unas y otras;—ora como afinidad, revelándonos en la Química, en esa *Física chica*, las innumerables utilísimas substancias, que forman la primera materia industrial, resultando de tan variadas y ricas fuentes de producción esa incomparable industria que todo lo inventa, todo lo fabrica, todo lo allana y abarata hasta lograr, por la utilidad del mecanismo y la belleza del aspecto, dar á un tiempo alimento que llene, condimento que avive y baratura que facilite la satisfacción de todo material apetito. ¿Queréis saber? Pues ahí está la imprenta, la sublime ocurrencia de Guttenberg, la hija primogénita del Renacimiento, la que en palabras y en figuras os da cuenta de todos los pensamientos, todas las imaginaciones, todas las dudas, todas las empresas, todos los hallazgos, todos los esfuerzos, todas las luchas, todas las glorias y todos los escarmientos de los hombres habidos y existentes. Ella, por su naturaleza, no sólo instruye á las generaciones, multiplicando el mérito moral y la riqueza material de cada individuo, sino que, además, acrecienta el impulso del progreso social, por cuanto, proporcionando á cada hombre en su profesión noticia cabal de los pasos dados en ella por los demás, multiplica la acción útil del conjunto y de cada uno en particular, siendo por esta razón la imprenta la *conditio sine qua non* del inconcebible adelantamiento que se echa de ver en todos los ramos de la humana cultura. Sin ella, el progreso general no fuera más que una suma de progresos individuales, hijos raquíticos de penosa intuición. Por ella, por la imprenta, ha podido la edad moderna erigir su gran monumento de honor, la Historia; ese árbol gigantesco, regado con el sudor moral de millares de investigadores, y cuyas ramas, agobiadas de fruto, se inclinan como para ofreceros: en la Philología, la historia parlante de los diversos pueblos; en la Paethnología, la historia anatómico-política de las razas cuyo origen se vislumbra al través de espesas nieblas prehistóricas; en la Paleontología, la historia petrificada de los seres que, sin saberlo, poblaban la tierra en los tiempos primitivos, en aquellos días inconmensurables, bien como proporcionados á lo que en nuestro imaginar debió de ser cada jornal del gran Artífice; en la historia, en fin, de las Leyes, de las Artes, de las Cien-

cias, de la Filosofía, y de otros mil integrantes elementos de la civilización, cuanto puede apetecerse como asunto de enseñanza, objeto de curiosidad ó fuente de positivo provecho. Por ella, por la imprenta, la Historia natural, la ciencia de los seres actuales, ha llegado á constituir una inabarcable Enciclopedia, que, adunando por maravilloso concierto el resultado de los esfuerzos de todos los investigadores, ha puesto en manos de los modernos pueblos el inventario de la Creación y el formulario del aprovechamiento de sus tesoros y virtudes. Por ella, en fin, por la imprenta, han podido adquirir majestuoso vuelo todas las ciencias relativas al orden moral, y coexistir con las más atroces luchas políticas y sociales la serena investigación de los elementos de orden, paz, justicia y bienandanza.

Con la savia descendente de este árbol frondoso de la moderna cultura, elabora la Medicina, al par de las demás ciencias, sus regalados frutos, y en medio del imponderable progreso que en los procedimientos de examen y en los recursos curativos ha producido, hay que reconocer que no es este aún el más preciado título de gloria á que, ante los contemporáneos y ante las generaciones venideras, se ha hecho acreedora. No la Semiótica, no la Terapéutica, la Higiene, si, la Higiene es el granítico monumento que ha de inmortalizar la era médica moderna. La ciencia positiva de las relaciones del organismo con los medios externos, que condicionan y sustentan su función vital, es, entre todas las ciencias médicas, la que ha sido llevada al mayor esplendor racional que imaginarse pueda; y si es cierto que vale más prevenir que curar, no se podrá decir que la Medicina contemporánea menosprecie esta máxima del sentido práctico. Los modernos preceptos sobre alimentación, aire, luz, construcciones urbanas, ejercicios corporales y mentales y cuanto á las reglas de salud y longevidad atañe, así en el fuero privado como en el público ó administrativo, compiten en precisión con las reglas del Arte más exacta, porque han sido deducidas de un fondo de efectiva ciencia, nunca hasta nuestros tiempos logrado y por ninguno de los antiguos sabios presentado. ¡Loor, pues, á la Medicina moderna, madre de la Higiene más infalible, al par que del diagnóstico más preciso y de la terapéutica más heroica! — ¡Ah! si Hipócrates se levantara de su tumba, con toda la fuerza de su profunda comprensión y su certero juicio, ¡qué de impresiones no había de recibir en su excursión por nuestra Europa! Imagínadle pasando del Museo Británico al gabinete micrográfico de Max Schulze ó de Kölliker, de éstos á las clínicas operatorias de Berlín, y de allí á ver los primeros laboratorios de Farmacia y los más notables arsenales de Ortopedia de la Francia, para

luego entregarse afanoso al examen del estado actual de nuestra doctrina sobre Anatomía y Fisiología, y contemplar, al fin, cómo los elementos que en sus modestos libros del *régimen* y de *aires, aguas y lugares* esparciera, han venido á producir, desenvueltos por la ciencia de nuestros tiempos, el gran código de la salud, que así á los pueblos como á los individuos señala, con indicación segura, las reglas de la buena y larga vida....

Pero ¡ay! no dudéis que el padre de la Medicina histórica, en medio de su indecible asombro, de su inefable satisfacción, cuando tras tantas emociones, hubiese dado gracias á Κρόνος por la señalada merced, que con permitirle ver tales cosas le había hecho, y una vez entrado en reflexión, camino de la tumba, se dispusiese á separarse de cuantos con amor y respeto siguiéramos sus pasos, no había de hacerlo sin antes dirigirse á nosotros—le estoy viendo,—y con la benigna majestad de un hombre grande, que se vuelve á dormir el sueño eterno, hablarnos de esta suerte: «Por Apolón y por Hygiea, antes que de vuestra grata compañía me separe, decidme, hijos predilectos de los Dioses: en medio de esa profundísima ciencia que atesoráis, de esos admirables recursos que para sanar á los enfermos y preservar á los sanos poseéis, ¿qué habéis hecho de los ancianos, que no los he visto en vuestras ciudades, ni en vuestros campos, como en mi patria do quier se aparecían y de que ella hacía alarde, contemplándoles cual la más preciada muestra y el más valioso galardón de aquella incomparable vida helena?»—Y nosotros, los médicos de este siglo, quedaríamos en silencio por respeto al venerando Asclepiade, por no enturbiar en su mente la clara imagen de su amada Patria; no porque nos faltaran positivas razones para explicar el hecho, sin temor de que de ellas se dedujera la superioridad de la civilización griega.

Aquí empero nada nos obliga al silencio; aquí, libres de testigos de otras épocas, podemos los hijos de la presente discurrir con libertad, de nuestros bienes sin infatuación, de nuestros males sin humillación ni sonrojo. ¿Qué reparo habrá, pues, en que formalicemos el estudio del positivo mal de nuestra época, ya que vistas y reconocidas dejamos sus reales excelencias?

Para ello, ya que se trata de una enfermedad, ó como decía mi enfermo, «*de una fiebre que mata*», no se me alcanza más apropiado método que el que para las historias médicas se halla en universal adopción, y así hablaré: 1.º, de la consignación del mal y de sus caracteres generales; 2.º, de su causa; 3.º, de sus formas internas;

4.º, de su reflejo en la estadística; y 5.º, de su base pronóstica y su capacidad de tratamiento.

## I

El mal de la vida moderna, considerado como un hecho material, consiste en una notable desproporción entre la mortalidad y los medios de bienestar que la época posee. Que el hecho es positivo, lo vemos todos los médicos, lo ve todo el mundo. No hay entre los presentes un solo práctico á quien no se ocurran casos de muerte prematura, que no pudieron atribuirse, ni á falta de pan, ni á falta de fortaleza nativa, ni á estacional constelación, ni á pestes ó contagios, ni á accidentes quirúrgicos, sino á una visible desarmonía nacida de *algo* que está en la época, que no emana de la esfera individual, ni de la gubernativa, sino del influjo propiamente social de las costumbres, de las tendencias al ideal de felicidad que la época tiene adoptado, y al cual, como la juventud á la moda, todas las almas obedecen, sin que nadie lo mande, disfrutando sin reflexión de lo bueno y sufriendo sin protesta lo malo que ello impone.

El mal, por tanto, existe; sus estragos son visibles y su carácter es social. Y ahora preguntémosnos: ese mal de las modernas sociedades, ¿es esencial ó accidental? ¿Débese á que nuestra civilización es intrínsecamente mala, á despecho de su bellissimo aspecto, ó á que alguno de los elementos que la componen lleva accidentalmente una mala dirección? Arduo problema es este; sin embargo, precisamente porque es problema, lo juzgo resoluble. Intentemos, pues, su solución.

No soy de los que temen que se acerca el fin del mundo. Si me atengo al texto de la Sagrada Biblia, hallo que la especie humana es muy niña: de ayer data su origen y de los albores de esta madrugada la venida del Redentor. Veo en los hombres á unos seres caídos aún, muy caídos, que á duras penas intentan incorporarse; y puesta mi fe en tan altos principios, he de reconocer una cosa apodíticamente contenida en la revelación, á saber: que hay mundo para tiempo, puesto que Dios no habrá creado la sociedad humana para su prematura perdición. Y si apelando á la ficción cartesiana, si prescindiendo de todo revelado principio, se busca un criterio en las reinantes opiniones sobre Antropología prehistórica, se ha de convenir en que, datando, según ellas, la presencia del hombre en la Tierra de 50.000 y hasta de 100.000 años, no habiendo éste podido en tan

largo período avanzar más que lo que se ve y necesitándose que notables variaciones anatómicas procedan á sus ulteriores progresos, quédale á la civilización tela cortada para millares de siglos, antes que logre realizar en los hombres el *καλός καὶ αγαθός*; de los griegos, el *mens sana in corpore sano* de los romanos ó *la race divine qui gouvernera la terre avec justice, dans la joie et dans la paix* (1) de los modernos transformistas.

Añádese á estas consideraciones la que resulta de un rasgo de carácter uniformemente revelado en la historia por todos los pueblos sin distinción: refiérome á la chocante discordancia que todos han ofrecido entre su conciencia y su conducta; pues mientras por un lado cada pueblo ha aceptado la ley de su constitución religiosa, política y social, en virtud del convencimiento de la real ó creída verdad de principios y de la igual bondad de preceptos de aquella ley, ha incurrido por otro lado cada pueblo en la sistemática conculcación de aquellos preceptos y el menosprecio de aquellos principios, que tan excelentes parecieron á su inteligencia. Y también bajo este punto de vista todos los legisladores y pontífices se parecen entre sí, por lo mismo que se parecen todos los pueblos. ¿Veis á Moisés? pues veis á Solón. ¿Veis á entrambos? pues veis á San Pablo. ¿Veis á los tres? pues veis á Pío IX. Yo no sé de ningún legislador divino ni humano, ni de ningún representante suyo en autoridad, que no haya vivido en constante aflicción al ver la conducta de su pueblo...

No cabe, por lo tanto, duda alguna de que nuestra especie está en su mocedad. Pruébalo la consideración comparativa de su data y su actual imperfección, y contrapruébalo el hecho de ser ésta de naturaleza esencialmente juvenil, puesto que consiste, no en la falta de conocimiento, sino en la falta de juicio, de serenidad, de virtud, en fin, para resistir á los impulsos de su ardorosa pujanza.

Resultando esto así, y siendo ley de vida individual el que durante el período de ascenso es permanente todo bien y transitorio todo mal, así como en el de descenso todo mal queda y todo bien desaparece, no diremos que el mal de nuestra época, de esta época que es un día de la impúber humanidad, constituya la esencia, sino tan sólo un accidente de la civilización moderna.

Respiremos, pues, antes de ahondar en esta historia patológica. Grave es el mal; pero no es mal de muerte.

(1) Clemence Royer. — *Orig. de l'Homme et des Sociétés*, p. 587, final. — París, 1870.

## II

Resuelto este primer punto, visto el mal y conocidos sus caracteres más generales, preguntémosnos: ¿cuál es su causa?

Inútil habrá de ser todo procedimiento sobre el carácter de ésta, si antes no determinamos dónde debe residir. Esta cuestión previa halla su solución en una verdad que surge de la experiencia médica y que formularé de esta manera: *Cuando un mal es de carácter general y espontáneo, su causa es de carácter histórico*. Es, pues, inútil explicar la enfermedad social contemporánea por hechos contemporáneos. Este procedimiento nos conduciría al error de aceptar como causas del mal algunos de los fenómenos que forman parte del total efecto (y no se olvide que este es uno de los más temibles escollos del razonamiento médico).

Mas, ¿quién no se arredra al penetrar en el laberinto del pasado, en busca de la causa de los males de hoy?—¿Quién? quien vaya provisto de verdadero método, de ese ovillo de Ariadna, segura guía en todo laberinto intelectual.

Desde luego declaro que, con los imperfectos é incompletos recursos que el método histórico moderno de la *evolución* me ofrece, reducidos, en suma, á ver en el proceso del desarrollo de la civilización el simple tránsito de lo homogéneo á lo heterogéneo, de la simplicidad á la diferenciación, yo no puedo, yo no debo, yo no quiero penetrar en la Historia.

Permitidme, pues, que allegue recursos propios; que buenos serán, con todo y su pobre origen, siempre y cuando nos conduzcan á un resultado más claro, más cierto, más elocuente y útil que el que se obtiene por el método aludido.

¿Es el progreso social un desarrollo? Convenido. ¿Presenta ese desarrollo analogías con el desarrollo individual ú orgánico? Muchísimas, y precisamente por esto necesito, al interpretar los hechos de la evolución social, multiplicar estos puntos de analogía.

EN PRIMER LUGAR, es ley orgánica de todo desarrollo que el germen, al par que se *presenta materialmente* homogéneo, *es potencialmente heterogéneo*; la prueba de esta potencia de heterogenismo está en el hecho de llegarlo á realizar. Hay, pues, una capital diferencia entre la homogeneidad primitiva-transitoria del germen y la permanente de otra cualquiera substancia que no sea germen (el oro *ex. gr.*), y esto ni en Historia natural ni en Historia social se debe omitir. Llamemos á esta verdad *principio de la potencia heterogénica del germen*.

EN SEGUNDO LUGAR, durante el curso de la diferenciación de partes, existe un escalonamiento de desarrollos parciales, en tal forma de sucesión, que cada órgano, aparato ó sistema, al entrar en turno de desenvolvimiento, crece en exceso con relación al todo, correspondiendo este exceso á un equivalente del exceso, porque á su vez pasó el órgano, aparato ó sistema, que en desarrollo le precediera. De esta suerte, cada parte del germen, medrando con lo que llamaré *su legítima y un tanto más*, que toma de la anterior, abandona luego ese *tanto más* á la parte que en desarrollo la sigue, incorporándolo ésta á su *legítima*, de modo que por dicha sucesión, las partes nuevas pueden formarse á expensas del *tanto más* de la anterior y sin desmedrar, gracias á este mecanismo, aquellas otras que mucho antes se formaron, y que, durante cierto tiempo no necesitan crecer, ni disminuir sensiblemente. Es de observar que en este procedimiento, los elementos sucesivos se desenvuelven por tendencias contrarias y que en ello está la clave de importantes fenómenos de todo desarrollo.

La presentación de esta serie de *exaltaciones evolutivas*, que va pasando de unas partes á otras, es ley de naturaleza, y la llamaré *ley de las sucesiones hyperdinámicas*, ó simplemente ley de la Hyperdinamia.

EN TERCERO Y ÚLTIMO LUGAR, obsérvese que el curso total de la vida en los seres superiores, afecta, de trecho en trecho, situaciones análogas; así el hombre mismo se nos ofrece durante su total ascenso dos veces con la *dominante cefálica*, otras dos con la *dominante vascular*, otras dos con la *dominante abdominal*, etc. Que estas situaciones son simplemente análogas y no iguales, no admite seria discusión. ¿Quién puede ver más que pura analogía entre el predominio vascular de un embrión de veinticinco días y el predominio vascular de un joven de veinticinco años? Hay entre estos dos estados *analogía*, porque la dominante orgánica es la misma; no hay, empero, *igualdad*, porque todas las demás relaciones han cambiado de valor, y, por lo tanto, no se puede decir que el ser ha vuelto al *mismo* estado. Esta ley podemos llamarla *ley de los estados homeotrópicos*.

Ahora, señores, provistos de suficientes elementos de método, entremos sin recelo, aunque con profundo respeto, en el sacro laberinto de la Historia, á fin de conocer cuál es la causa del mal contemporáneo. Para ello no necesitamos partir de muy lejos; bástanos revisar á largos pasos la marcha de las cosas desde los *buenos tiempos de la Grecia* hasta nuestros días.

La civilización griega representa en el mundo el desarrollo de un grande interés moral, la *perfección específica del hombre*. Por la ley de

la Hyperdinamia llevó la Grecia este natural deseo hasta la pasión. Faltábanle sin embargo al pueblo heleno tres elementos capitales: 1.º, la verdadera idea de un *fin trascendental*, por lo que la Grecia hubo de atenerse á un programa exclusivamente terreno, y, por lo tanto, vago y melancólico; 2.º, la idea de la *Caridad*, por cuyo motivo la esclavitud fué la constante rémora de la nobilísima aspiración griega; y 3.º, la *dignidad del trabajo*, sin cuyo reconocimiento aquella civilización tenía cerrada la vía del material progreso. Bastábele al heleno ser el hombre más bello, más fuerte, más sano y libre del mundo; era rico con estos cuatro elementos, porque no sentía necesidad de más, ni traslucía que más cupieran en su naturaleza.

Tras la civilización griega elevóse á la Hyperdinamia la civilización romana, la cual, absorbiendo cuanto á la Grecia sobrada de apasionada vitalidad invertida en un fin liberal, heróico é ingenuamente estético, lo aplicó al desarrollo de una idea característicamente política, es decir, de conveniencia y utilidad. Á las guerras épicas de la teórica Grecia sucedieron las grandiosas rapsodias de la práctica Roma; á la Metafísica constituyente de los sabios de aquélla, el Derecho constituido de los legisladores de ésta; al sensualismo ideal de Helas, la crapulosa concupiscencia de los hijos del Lacio. El cultivo de las artes políticas, jurídicas y militares recrecióse hasta la pasión; elevóse á su Hyperdinamia, llevando hasta los límites del orbe conocido el dominio de las águilas romanas; de esas águilas que sin moverse del sitio en donde la pasión invasora las enclavara, fuéronse convirtiendo en cruces por la virtud de los apóstoles y los mártires. Entre el calor del putrilago romano, nutrió el naciente Cristianismo sus altas virtudes; bien así como entre el estiércol del nido crecen inmaculadas albas palomas: nótese empero, que el Cristianismo, lejos de anonadar las civilizaciones griega y romana, contentóse con reducir las á lo que en ellas vió digno de subsistencia; bien como justo reconocimiento del noble intento que en su principio las moviera. Así, bajo la tutela del Pontificado, fueron paternalmente respetados los legítimos derechos de aquellos sublimes menores, y cuanto de la era pagana vió Dios que era bueno, bueno quedó y permanente sobre la tierra.

Además, el Cristianismo, con todo y ser realmente obra divina, influyó sobre el espíritu social, acomodándose á los procedimientos humanos; de modo que, si por la energía de la Gracia pudo improvisar individuales santidades, no pretendió aplicar este procedimiento á los pueblos, sino que dejó que éstos por el naturalismo proceder de aquélla fuesen desenvolviendo los elementos de una política evan-

gética. Así es que el esclavo no fué redimido súbitamente, sino que pasó de esclavo á siervo, de siervo á villano, de villano á proletario, y, hoy por hoy, el mundo todavía ofrece, desde el minero de Inglaterra al esclavo de Indias, todos los matices del humano abatimiento. Al trabajo le costó siglos llegar á ser admitido como elemento de dignidad personal, y por lo que dice á la vida futura, nadie, al contemplar los estragos que la codicia, la ambición y toda suerte de malignos impulsos causaron en la Edad Media, podrá creer que los grandes de aquel tiempo tomasen la vida terrena como ante-purgatorio de la futura. Empero, en medio de aquella serie de cataclismos, no tan tenebrosos ni bárbaros como generalmente se cree, logró el elemento cristiano tomar extensión, vigor y extrínseca forma orgánica, y arraigar el único poder, que por medios inmateriales ha domeñado la tierra, obligando así al rey como al siervo, al sabio como al ignorante, al caudillo como al soldado, á hincarse de rodillas ante su Majestad. Los santos y los héroes formaron la aristocracia de aquel novísimo mundo, y así es que, al través de aquel período (que no llamaré de transición, porque cuanto más y mejor se le estudia, más claro en él resplandece un caracter propio), sólo un elemento de la Redención, el misticismo, elevóse al estado hyperdinámico, y bajo su influencia, y por más que en la alta política de aquellos tiempos no siempre las obras arguyeran santidad, ello es que, entre las masas, la *tónica* de la edad media era la fe y su *dominante* el menosprecio de la vida terrena y el temor de condenación en la futura. Esta esplendidez mística imprimió carácter en la vida intelectual, hasta tal punto, que la Metafísica, no la Escolástica, llevada asimismo á la hyperdinamia, rebasó hasta muy allá sus naturales límites, invadiendo el terreno de la Ciencia de las cosas contingentes y dando lugar, con sus impertinencias y sus abigarrados y estériles procedimientos, á que los espíritus serenos entrasen en deseos de llegar á una Filosofía natural, experimental y fecunda. Por otra parte, el Divino Redentor no hubo de querer, ni dijo que quisiera, que los hombres borrasen de su espíritu el sublime instinto de sociabilidad que su Eterno Padre en ellos grabara, y pues todos anacoretas no habíamos de ser, porque Dios no lo quiere, debía la sociedad ó paralizarse, ó desenvolver los cristianos elementos de su fin terreno.

Llegadas, pues, las cosas á este punto, necesario era que entrasen á su vez en especial desarrollo las dos restantes fuerzas vivas sociales del Evangelio, á saber: la libertad por la caridad y el progreso por la dignidad del trabajo; y—¡cosa singular!—tan colosales proporciones había alcanzado el Imperio romano en su exaltación hyperdinámica,

que, al partirse en dos, nutrió primero con los despojos del de Occidente, el elemento individual ó místico de la Redención, y luego más tarde alentó con los restos esparcidos del de Oriente, tras la caída de Bizancio, los medros de los elementos sociales ó terrenos, *libertad y progreso*, que en la propia Redención se contenían.

Importa, sin embargo, no olvidar que si el semi-Imperio de Occidente murió casi pagano, el semi-Imperio de Oriente expiró converso, y que cristiano fué, por lo tanto, el hábito que de su último suspiro llegó al rostro de la católica Italia, despertándola, pero con tan animado despertar, que ha merecido la calificación de *Renacimiento europeo*.—Y henos aquí llegados al *punctum saliens* de este discurso.

Detengámonos, pues. Consignado queda que, por la ley de la Hyperdinamia, los elementos sucesivos de la civilización se desenvuelven por tendencias opuestas; de donde resulta que el hecho de ser la Edad Media y la Moderna dos sucesivos períodos de civilización cristiana, no salva á estos dos períodos de estar en oposición, toda vez que el elemento que el segundo desenvuelve, forma la sucesión natural del que el primero desarrolló. Consideremos, además, que en esta oposición reside la causa moral de todas las hyperdinamias sociales; que estas hyperdinamias se revelan en la Historia por una pasión dominante en cada época, y que, siendo toda pasión una función formalmente mala de un elemento esencialmente bueno, hemos de hallar en el fondo de la hyperdinamia moderna (como hallaríamos en el de todas, si el caso lo exigiere), un bien en la esencia y un mal en el procedimiento.

Examinemos, por tanto, estas dos ideas «*libertad y progreso*», ideal del medio mundo, terror del otro medio y fuerza viva que impele al mundo entero.

El espíritu dominante de los modernos tiempos, desde el Renacimiento acá, busca *para todos* la libertad como un medio, la perfección natural como un fin, el bienestar como un premio.

Por de pronto, la tendencia al bienestar no es ni virtuosa ni vituperable; con decir que es tendencia nativa, esencial, independiente de la voluntad, no hay para qué atribuirle ni mérito ni pecado; la ocasión la facilita ó la dificulta: el preso que brega por escapar de su cárcel, ni cumple con un deber, ni incurre en moral delito; cumple con su naturaleza y nada más; en el propio caso que el preso, con relación á su libertad, están todos los hombres con relación á su dicha, la cual es para ellos la ecuación de su naturaleza y su existencia. Reconozcamos, sin embargo, que la tendencia á la felicidad, aunque no sea mala ni buena en el orden moral, es buena en el or-

den natural, porque es fuerza viva del mismo Creador transmitida á toda criatura.

Además, la Creación, con relación á Dios, es una visión serena, tan distante de la alegría como del llanto, y cuando á Él mismo plugo concedernos una vida terrena, á título de Gimnasio de virtud, no sólo dió por buena la existencia, sino que nos prohibió atender á ella por respeto á Él, por amor al prójimo y por bien de nosotros mismos. Lleva, pues, el hombre, como parte integrante de su destinación, un fin terreno, íntimamente ligado al de la Sociedad, para la que no hay ni cielo ni infierno, y á quien cedemos todos una parte de nuestra libertad en cambio de los medios de perfección que de ella hemos recibido. Siendo esto así, como es, si cabe ser dichoso y bueno á un tiempo, cabe también ser santo sir ser mártir, y muy lejos están de presentarse incompatibles la vida terrena y la futura vida, puesto que la perfección social y la responsabilidad moral están en razón directa; y si mayor es en cada hombre ilustrado la ocasión de merecer, á mayor número de hombres ha de extenderse este beneficio, al compás que la civilización de los pueblos se desenvuelve. Es, pues, la sociedad un ser que, aunque privado de futura vida, proporciona á sus miembros un medio de perfección, y, en este sentido, procurar el desenvolvimiento terreno de nuestro ser es cumplir nosotros y ayudar á los demás á cumplir más altos fines; con lo cual se demuestra que el espíritu moderno, al buscar la perfección terrena, busca un bien moral. Bajo este punto de vista constituye la época moderna un verdadero período *homeotrópico* de la época griega: el rasgo semejante lo constituye el ideal del desarrollo terreno, el alcance de la perfección específica natural, la exacta ecuación de nuestras potencias y nuestros actos; el rasgo diferencial lo establece el espíritu cristiano. Los tiempos no son los mismos; la vida helena constituía el fin de sí misma; la vida cristiana no puede ser más que un medio para alcanzar otro fin; hoy se trata de desenvolverse, no ya al ciudadano *de casta*, ó libre de abolengo, hasta la plenitud de su ser: se trata de procurar igual desenvolvimiento, por la caridad, á todos los individuos de la humana familia; se trata de lograrlo, no con la estrecha mira de patria, sino con el grandioso intento de que todos los hombres podamos llegar á ser lo que Dios quiere que seamos, lo que antes de la caída fuimos, tipos excelsos, sólo capaces de gozarnos en el bien. Más breve: la civilización moderna es la *Civilización griega en gracia de Dios*; no acierto á condensar más mi pensamiento.—¿Habría, por tanto, quien sostenga que el nuevo elemento constituye un mal en sí? No; *libertad y progreso* son elementos de perfección moral.

No pudo, sin embargo, este doble elemento, con todo y la nobleza de sus fines, sustraerse á la ley de las exaltaciones hyperdinámicas; y conforme Grecia se apasionó por la *Belleza*, Roma por el *Dominio*, y la Edad Media por la *Beatitud*, el moderno mundo, buscando como ellas la felicidad, ha puesto su corazón en la *Riqueza*. Peregrino mecanismo que, encomendando la trayectoria del progreso al *concurso del bien y del mal*, lega tras de cada exaltación á las nuevas generaciones un remanente de depurado bien á perpetuo vínculo; instituyendo á Roma por heredera de Grecia, á la nueva cristiandad por heredera de Grecia y Roma, y á los pueblos modernos por hijos de las tres, y obligados á traspasar á nuestros descendientes la Filosofía, el Arte y la Gimnástica físico-moral de los helenos, la Política y el Derecho de los Romanos, la Fe, el Heroísmo y el Honor de los proto-cristianos, y las Ciencias, las Industrias, la Crítica y el enorme Capital, en fin, que componen nuestro propio peculio.

Ocioso es investigar por qué el error ha de representar tan esencial papel en el desarrollo de cada elemento de la civilización total, provocando en los pueblos que la elaboran una hyperdinamia en forma de extremosa pasión; inútil pretender inquirir qué secreto intento entrelaza, en cada época célebre, la gloria de un gran principio y la ignominia de un grave error. Descubrir científicamente la razón ética de esa intervención del mal positivo en el progreso del humano linaje fuera temeridad; criticar esa intervención, fuera insensatez palmaria. La razón de estas cosas se oculta en Dios; á la humana ciencia sólo incumbe analizar la complejidad del fenómeno y presentar á los hombres su neta realidad, á fin de que puedan hacer de su conocimiento una aplicación digna y provechosa.

Interesante había de ser, por todo extremo, inquirir cuál ha sido, en cada exaltación hyperdinámica del desarrollo histórico, la influencia de su respectivo error moral en la salud y longevidad de los hombres de la época. Formaría este estudio una historia de las afecciones sociales por causa moral ó *apodémica*, que pudiera completar el levantado fin que impulsó al Doctor Anglada de Montpellier á escribir una historia de las afecciones sociales por causa física ó epidémica (1). Dejando, empero, este peso para hombros más fornidos que los míos, reduciréme á las solas exigencias del tema, esto es, á investigar las formas de error que impurifican el bien real de nuestros tiempos.

---

(1) Charles Anglada.—*Étude sur les maladies éteintes et les maladies nouvelles pour servir á l'histoire des évolutions séculaires de la pathologie*.—París, 1869.

A principios del siglo XVI, las aguas puras del Renacimiento se mezclaron con las muy turbias de la Reforma; desde entonces entrambas aguas han descendido juntas, haciéndose de día en día más íntima su mezcla.

El curso combinado de esta mezcla constituye la dirección *real y efectiva* del titulado Progreso moderno, el cual trae del Renacimiento su *principio* y de la Reforma su *tendencia*; habiendo sucedido, como era natural, que, en esta íntima compenetración, si la Reforma ha desviado á la Ciencia, ésta en cambio á su vez ha precipitado á la Reforma; de modo que tan pronto ésta hubo declarado independiente la moral y negado, por tanto, al Derecho la alteza de su principio, fundándole en la exclusiva consideración de *utilidad*, apresuróse la fascinada Ciencia á legitimar por sedicentes demostraciones este paso de la Reforma; con lo cual ésta á su vez, en vista de ello, depuso todo remordimiento. El resultado de tal reciprocidad de atenciones ha sido que el hombre, contemplando la terrena vida, no como un fin segundo, sino como un fin exclusivo, en vista del divorcio entre el derecho y la moral, y considerando que la moral personal no obliga tan siquiera al sujeto mismo, mientras que el derecho, con ser utilitario, obliga á los demás á hacer plaza al derecho propio, ha convertido el suave sentimiento del *deber de perfeccionarse*, en la adusta persuasión del *derecho á enriquecerse*. Este trueque de registros morales, tan sencillo en su origen cuanto complejo en sus resultados, ha producido en todos los hombres la exaltación ó hyperdinamia de la idea de bienestar, convirtiéndola en fiebre insaciable de riqueza; fiebre que ha traído por inevitable cortejo la degradación de los caracteres y la debilitación de la caridad. Ahora bien, señores; suponer que sin caracteres y sin caridad es posible la salud de un pueblo, es divorciarse á un tiempo de la razón y de la experiencia; por grandes que se supongan y sean los elementos de bienestar de una sociedad que en tales faltas incurra, siempre ese bienestar será contrariado por la suma de gravísimos errores de conducta que de ellas necesariamente han de nacer, y los errores del alma tarde ó temprano se convierten en dolencias del cuerpo, es decir, en causas de enfermedad y de muerte; y, en este particular, lo que la razón induce, la experiencia lo comprueba.

Servíos ahora, señores, integrar la cuestión; imaginar «la función formalmente mala del elemento esencialmente bueno» de nuestra civilización en conjunto, y os hallaréis en el punto transitivo de la investigación del mal moderno al estudio del mal en sí; ó, en térmi-

nos médicos, de la Etiología á la Fisiología patológica de la vida moderna.

### III

Al penetrar en este nuevo laberinto, procuremos no se nos suelte de las manos el ovillo de Ariadna: si método requirió la excursión histórica, que felizmente concluimos, método exige la indagación psicológica que ahora comenzamos.

Séame, pues, lícito establecer ante todo una serie de verdades, que nos sirvan como instrumentos de análisis.

Indudablemente el programa de todos los siglos es, en su fondo, idéntico: la felicidad; mas este programa, que la sociedad escribe en la tabla rasa de nuestra innata tendencia, cambia su dictado, según los siglos modifican la capacidad de los pueblos para concebirle. Distinguese, pues, en cada época su especial programa, no por el fondo, sino por la forma de su enunciación, y hoy la sociedad escribe en el *Album* de nuestra conciencia la palabra RIQUEZA. Añádase á esto la consideración de que hoy este programa está escrito en todos los corazones, es comprendido por todos los entendimientos y eficazmente aceptado por todas las voluntades, y se tendrá cabal idea de la naturaleza, la vulgarización, la claridad y la intensidad de esta tendencia.

Para satisfacerla suministra la sociedad á cada cual la libertad en el desarrollo y la dignidad en el trabajo; es decir, cuanto civilmente le puede dar; constituyendo la libertad el continente y el trabajo el contenido; la libertad la capacidad, el trabajo la efectividad del desarrollo humano.—Y viene el hombre, y al contemplarse en el espacioso seno de su libertad, cual embrión en la capacidad del huevo, exclama para sí: *Yo quiero ser para poder; quiero poder para obtener; quiero obtener..... ¿para qué?....* Aquí el que excepcionalmente vive subordinado á la moral imperativa, dice: *quiero obtener, para llegar á la perfección*; el que, según la regla, sólo depende de la moral orgánica de sus deseos, dice: *quiero obtener, para gozar*. Ante esta dualidad de propósitos finales bien podemos, como médicos, prescindir de ocuparnos del que va derecho á la perfección; pues quien bien anda bien acaba.

Reducida, por tanto, nuestra tarea á la investigación de los males que de la segunda tendencia se originan, permitidme que funde en la análisis de esos tres procesos lógicos, considerados como tres esta-

llidos de la sensual apetencia, el método más legítimo para llegar á un resultado claro, cierto y preciso.

**Quiero ser para poder.**— Todo cuanto tiene de respetable quien ajusta sus deseos á su intrínseco valer, ó en términos cervantinos, quien no gusta de alargar la pierna más de lo que alcanza la sábana, tiene de ridículo aquél que se empeña en parecer más de lo que es; para éste habló Iriarte cuando dijo:

Aunque se vista de seda  
la mona, mona se queda.

El fondo de ese ridículo consiste en una falta de sentido común. En efecto, requiérese no poca insensatez para pretender en serio dar más que lo que se tiene, hacer más que lo que se puede, tener más que lo que se vale. *Ser* y *poder* son dos cosas que existen siempre en ecuación perfecta, y tan primordial, tan de buen sentido es la verdad de que en toda cosa la potencia y la substancia son proporcionales, que nadie podrá creer en el orden físico que un caracol tire de un carro, ni en el orden moral que un ignorante domine á un hombre culto. Mas la pasión, cuyo hálito empaña fácilmente el claro espejo que en nuestra conciencia reverbera estas obvias verdades, arrastra al hombre á obrar cual si no las conociera, y, en el caso concreto que nos ocupa, sugiérele el empeño de sustituir al *ser* el *parecer*, confiando en que el mundo, engañado por las apariencias, le concederá un poder proporcional á ellas, no á su real ser. El negocio no puede en verdad presentarse más lucrativo; llegar á *poder*, y en consecuencia á *obtener* y á *gozar*, sin pasar por las molestias de cultivar y robustecer el *ser* propio, es decir, de contraer méritos al goce, es una economía fabulosa, y, por lo mismo, una tentación irresistible. Mas como *lo que no puede ser, no es*, como el mundo no da nada por nada, como á estas palmarias verdades no hay que darles vueltas, siempre resulta una de dos: ó que el poder que se anhela no se alcanza, en cuyo caso lo que aviene es un quebranto de ambición, ó que se alcanza, en cuyo supuesto algo habremos dado en cambio del poder que hemos adquirido; porque las apariencias de poder no son en la práctica cosas metafísicas, sino objetos que tienen fijado precio en el mercado; objetos reductibles ó á insignias de autoridad ó á material de riqueza, y en la mascarada del mundo estos disfraces de Marco Antonio y de Crespo cuestan muy caros de alquiler. Pero y ese alquiler, ¿de dónde sale? ¿Con qué se paga, no poseyendo intrínseco valor, el alquiler de la mentira? ¿Con qué? Con lo único que halla á

mano quien pretende anticipos de consumo sin ánimo de producir; con pedazos de sí mismo, con jirones de su honra, cambiando la dignidad de su ser por la utilidad de lo que anhela.

He aquí, señores, la fórmula de lo que llamaré la prostitución neutra, anafrodita, tan generalizada en los modernos tiempos; prostitución la llamo, sí, y ruégoos, señores, no me toméis el término en sentido retórico, ya que á la misma mujer no os atrevierais vosotros, ni había de atreverse la ley, á llamarla prostituta sólo porque ceda sus favores, ora por amor, ora por mera lujuria, sino en tanto que los ceda cambiando su dignidad por un objeto útil, ó convertirle en valor económico. Si pues esta es la esencia de la prostitución femenina, bien claro se ve que no es femenina la esencia de la prostitución, y por esto no considero la venta del pudor sexual sino como una de tantas especies de la prostitución moderna, de esa prostitución que tiene por motivos todos los deseos, por funciones todas las flaquezas, por afiliados todos los sexos, edades y condiciones sociales, y por formas ostensibles la política y el lujo.

Cuán frecuentes son en nuestros tiempos esos anticipos de poder ó de riqueza, bien lo veis todos; ¿queréis, sin embargo, que os indique cuál es el instrumento apropiado para valuar á la gruesa el número de hombres cuyo poder, cuya fortuna escandaliza al mundo? Pues ahí tenéis la Internacional; esa asociación, organizada por los que, con valer muy poco, tienen aún mucho menos que lo que valen, contra no pocos que valen mucho menos que lo que tienen; ahí la tenéis á esa sociedad, nacida del curso natural de las cosas, y cuyo ciego encono contra la política y el lujo no la permite percibir distintamente lo que hay de indestructible en el derecho público, ni lo que hay de sagrado en la legítima riqueza.

Mas lo que quizá no habréis analizado es la suma de elementos de daño que la generalización de esos hábitos esconde.

Reparad, en primer lugar, que esa prostitución neutra, sin sexo, que va de una alma á otra alma, sin que el carnal comercio constituya su esencial ocasión, de un solo golpe malea dos conciencias, rebaja dos caracteres, prepara dos criminales y amaga á diversas víctimas, entre las que no es raro contar á los criminales mismos;—y que *todo ello es germen de enfermedad y de muerte prematura.*

Observad, en segundo lugar, que como en verdad no es posible medrar sin trabajar, porque no es posible moverse sin mantenerse en ejercicio, resulta que el sostenimiento de un poder ó de una riqueza superiores al valer de quien los obtiene, no supone falta de actividad, sino mal empleo de ella, y que, en consecuencia, el individuo

invierte en el mal una cantidad de trabajo que, dedicado á honesta industria, le granjeara aquel bienestar positivo que nace de la justa relación entre lo merecido y lo obtenido;—y de ese vicioso obrar, de ese *labor contra naturam*, nace otro germen de enfermedad y de muerte prematura.

Reflexionad, en tercer lugar, que el mal se hace efectivo traduciéndose en maldades, y éstas encarnándose en otras tantas víctimas, y echaréis de ver en cada víctima un estrago moral, y en cada estrago moral otro germen de enfermedad y de muerte prematura.

Pues bien; dos importantes grupos de causas de enfermedad y motivo de prematuro fallecimiento se nos presentan en la práctica; como consecuencia de esa malhadada aberración moral de preferir el parecer al ser, para obtener pronta y fácil riqueza.

Componen el PRIMER GRUPO la fatiga inherente al sostén de una posición superior á las propias fuerzas, el temor de la justicia humana, el terror de la propia conciencia en funciones de voz de la justicia divina. Grande es el número, mucha la variedad de estragos orgánicos que estas tres causas, singular ó conjuntamente, producen, y entre ellas citaré las enajenaciones mentales, el suicidio, el reblandecimiento cerebral, muchas neurosis compatibles, para mayor tormento, con la conservación del juicio, varias afecciones agudas y crónicas del corazón y no pocas del aparato digestivo, señaladamente del hígado y del estómago; componiendo la suma de estados valetudinarios y de muertes prematuras, originadas por el concepto que nos ocupa, un respetable contingente de los Cuadros generales de sanidad y de mortalidad, sobre todo en los pueblos meridionales.

Comprende el SEGUNDO GRUPO la suma de sacudimientos morales, que en el ánimo de los buenos determina el hecho de verse víctimas de ajena iniquidad. Recordad, experimentados colegas míos, aparte los estragos fulminantes que la contemplación de la propia ruina en muchos causa, recordad, insisto, aquellas fiebres sub-agudas, varias en su forma, gravísimas en su esencia, solapadas en su marcha y propendentes á terminación fatal, ya pasando á consuntivas, ya degenerando en tifoideas, y que reclaman un tratamiento profundamente hipocrático en su principio, sintomático activo en su estado y heroicamente crítico hacia su terminación; fiebres que, antes bien que enfermedades nosológicamente clasificables, constituyen el colapso subsiguiente á un vivo y duradero espasmo fisiológico, determinado y sostenido por una afección moral; colapso orgánico con el cual llega aun á coexistir la pena del alma, porque no puede el organismo mantenerse en contractura tan largo tiempo como el alma en

aficción; colapso desordenado y peligroso que, por la subsistencia de la pasión misma de espíritu, no puede tomar dirección segura, ni solución plausible, como no sea acompañándole el Arte con discretísima solicitud; colapso, en fin, cuya declaración no causa estado hasta meses después de recibido el golpe moral; por cuyo motivo, por el hecho, queridos colegas, de mediar tan largo espacio del golpe al cardenal, exige del médico que ha de inquirir su causa una extrema perspicacia. ¡Oh! ¡cuántos centenares de casos pudiéramos, sin vejar nuestra memoria, citar aquí los médicos en este lugar reunidos, si fuera este el momento oportuno para catalogarlos! Y gracias aun, en medio de todo, que las víctimas de tan fieros golpes, al paso que suelen ser bastante honradas para no merecerlos, suelen asimismo poseer bastante virtud para no hacerse justicia por su mano. ¡Qué desolador cuadro no había de ofrecer la sociedad moderna, si á la ruina de cada hombre de bien hubiese de seguir el asesinato del malvado que la causa!.....

He aquí, señores, los graves males físicos que engendra el error en el primer proceso, ó del *ser* al *poder*; veamos ahora los que origina el segundo.

**Quiero poder para obtener.**—Los elementos que efectúan nuestra general relación con el mundo son la *sensibilidad* y el *movimiento*, y como quiera que la riqueza no es más que uno de los aspectos de esa relación general, redúcese todo el mecanismo del desarrollo económico á un sistema de sensaciones y movimientos, encaminados al logro de nuestra perfección. Y aunque en materia fisiológica no siempre es discreto referirse á principios absolutos, diré, sin embargo, por punto general, que á las funciones fisiológicas de sensibilidad corresponden las operaciones económicas del consumo, y á las fisiológicas de movilidad las económicas de producción. Por otra parte, si un examen superficial de los actos sensitivos induce al error de que hay en ellos verdadera pasividad, una profunda observación de los hechos nos demuestra que el sentir, lo propio que el moverse, consumen fuerza y que en todos los casos los gastos de ambas funciones son proporcionales. Esta ley orgánica facilita el comprender la estrecha analogía fisiológica, que enlaza dos operaciones económicamente tan opuestas como son la producción y el consumo. El trabajo (movimiento) puede no ser un goce; pero el goce (sensación) es siempre un trabajo; luego la Fisiología identifica lo que la Economía política contraponen, y este hallazgo nos da el rastro de una gran verdad, y es, que la perfecta armonía funcional está en la exacta ecuación

entre lo que el individuo trabaja y lo que goza; ó en términos económicos: que la Riqueza no consiste en la posesión de los bienes, sino en su natural obtención por el trabajo; ó en términos éticos: que la ociosidad del rico embrutece tanto ó más que la del pobre; ó en términos propiamente médicos: que la concentración de la vida en la sensibilidad embota á ésta por agotamiento y enerva el movimiento por inacción, y en consecuencia quebranta la salud, porque rompe la armonía.

Sentadas estas verdades fundamentales, y puesto que en rigor científico todo acto de consumo debe ser considerado como CONSECUTIVO y EQUIVALENTE á un acto de producción, reduzcamos la idea sintética de OBTENER (*producir y consumir*) á su elemento primordial *producir*, y estudiemos sucesivamente la producción en su *calidad*, en su *método* y en su *ritmo*.

La bondad de un producto de la industria no siempre trasciende á su aspecto; la humana inteligencia, puesta á sueldo de la maldad, acierta á mantener el buen aspecto del producto, vaciándole, por decirlo así, su bondad intrínseca; bien como á fuerza de ingenio se puede lograr dejar huera una nuez, relleniéndola luego de cualquier cosa que haga el peso y encubra el artificio. El resultado de esta ruín industria se llama sofisticación ó falsificación, según los grados y modos de mentir de sus productos; sugiérele la codicia por acto de solitaria deshonra; foméntala el ciego anhelo del consumidor por obtener barato lo bueno (cual si esto fuera posible), y son emporio y fábrica de esa maligna producción los grandes centros de la moderna cultura. La idea de producir como dos y ganar por cuatro, es tentadora, y más tentador aún el ejemplo del sinnúmero de productores cuya conciencia, convertida por el vendaval de la codicia en un desierto de vergüenza, ha llegado á transformar esos hábitos de tentación en una segunda naturaleza. No ya los productos, sino hasta los puros inmateriales servicios llevan los gérmenes de esa carcoma, que roe el fondo de su bondad, y en este punto el mal es tan general y progresivo, que para mí tengo que un día la Administración pública ha de verse obligada á hacer con el vicio de sofisticar lo que el Gobierno de los Faraones hubo de hacer al fin con el robo: reglamentarle. En nuestros días se sofistican el consejo, se sofistican el servicio, se sofistican la administración, se sofistican el gobierno del Estado, se sofistican las primeras materias alimenticias, se sofistican los remedios, se sofistican hasta la caridad, y no parece sino que medio mundo se ha empeñado en emponzoñar la sangre y la conciencia del otro medio.